

también por la dracma; y, si tienes la desgracia de que se pierda, imita á la mujer del Evangelio; depón toda tibieza y flojedad, y con grande diligencia practica todos los medios necesarios para hallarla; enciende una luz, avivando tu fe, oyendo la divina palabra, y pidiendo las ilustraciones que te son necesarias; barre con ejercicios piadosos, sobre todo con examen y meditación, tu espíritu, y no te canses de practicar los medios hasta alcanzar el fin. ¿Cómo lo has practicado hasta hoy? ¿Es que no conoces la excelencia de tu alma? ¿Ó no has reflexionado que el amor de Jesús te incita á la penitencia? Piénsalo.

Epílogo y coloquios. ¡Qué dechado tan perfecto para el hombre apostólico es el divino Salvador! Él acogé con amor á los pecadores, óyelos con benignidad, acepta sus convites con admirable condescendencia; y, si los fariseos se atreven á censurar este caritativo proceder, con significativas parábolas los concluye y se justifica completamente. Ya es como un pastor amante de sus ovejas que, habiendo perdido una, deja todas las demás y corre en busca de aquélla, y, luego de hallada, la vuelve caritativamente al rebaño. Ya es como una cuidadosa madre que, habiéndosele extraviado una moneda, barre toda la casa, y auxiliada de una luz, la busca con empeño hasta dar con ella, y se alegra y regocija luego de hallada. ¡Así miraba Jesús á los pobres pecadores! ¡Como ovejas muy queridas, como dracmas preciosas! ¡Cuánto distamos nosotros de imitar este celo caritativo del Señor! Querríamos estar siempre con el azote levantado para descargar sobre aquellos que dejan de seguir á Jesús ó de acceder á nuestras exhortaciones. ¡Ah! No conocemos el espíritu que nos dirige. Entremos dentro de nuestro corazón; escudriñemos atentamente todos sus senos; veamos en qué cosas, en qué tiempos y por qué motivos dejamos de imitar al Señor. Propongamos eficazmente la enmienda, pidiendo por nosotros mismos y por todo el mundo.

DOMINICA IV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, después de haber predicado á las turbas desde las naves, mandó á sus Apóstoles que se internasen en el mar, y que tendiesen las redes: hicieron tal pesca, que la red se rompía, y las dos naves se sumergían á causa del peso.—(Luc., v, 1-11.)

PRELUDIO 2.º Representate este suceso, á Jesús mandando tender la red, á los Apóstoles obedeciendo, y después asombrados de la pesca.

PRELUDIO 3.º Pide la virtud de la obediencia en todas las cosas.

Punto 1.º Viéndose Jesús oprimido de las muchas turbas que se precipitaban adonde Él estaba para oírle, y habiendo dos naves en la orilla del mar, subió á la de Pedro, y sentándose en ella enseñaba. Contempla el santo anhelo con que aquellas senci-

llas gentes deseaban oír la doctrina de Jesús; no le dejaban un momento de reposo, siguiéndole por los montes y valles, por los pueblos y desiertos, y hasta el mar. Bienaventurados los que así desean oír la divina palabra; tienen una señal infalible que son de Dios y que pertenecen á su bando. Jesús no se incomoda por las molestias que le causan las turbas, antes se regocija al ver en ellas tan ardiente deseo de aprender el camino del cielo. Muy poco celo demuestra aquel que se disgusta de que sus prójimos suspiren por escuchar la divina palabra y recibir los santos Sacramentos, y sin causa grave rehusa contentarlos. No obra así Jesús; antes, para saciar el hambre de las turbas, convierte en púlpito la nave de Pedro, y con reposo predica desde ella su celestial doctrina. Pondera luego la paga tan abundante que da á Pedro por haberle cedido gustoso la nave, á fin de predicar desde ella á las gentes. Mándale internarse en el mar, tender la red, y al instante es tal la muchedumbre de peces que entran en ella, que se ven precisados á sacarla, y no pudiendo ellos solos, llaman á los compañeros de la otra nave, y llenan de la pesca á entrambas. ¡Cómo paga Jesús lo que por su amor se hace! ¡Cuán necesaria y provechosa es la compañía de Jesús en nuestra ánima! ¡Oh Padre amantísimo! Entrad en la pobre nave de mi alma, guiadla á lo alto de la perfección, inspiradla una perfectísima obediencia á vuestros mandatos y consejos, á fin de que se enriquezca de méritos y se haga digna de grande gloria. ¿Deseamos nosotros, como las turbas, oír la divina palabra? En nuestro trato con los prójimos, ¿imitamos la amabilidad y caridad de Jesús? ¿Confiamos en su misericordia?

Punto 2.º En este punto has de considerar el comportamiento de los Apóstoles, por el cual se dispusieron para el señalado beneficio que Jesús les hizo. Porque primeramente admitieron generosa y puntualmente al Señor en su nave. ¡Cuántas veces ha deseado este bondadoso Padre entrar en tu alma, y le has cerrado la puerta é impedido la entrada! Estaba ocupada en otras cosas viles y despreciables, y Jesús no cabía en ella. Pondera cómo luego que Jesús mandó á Pedro que dirigiera su nave á alta mar, y que allí tendiese las redes, fué al instante obedecido; y si Pedro le representó que en toda la noche precedente nada habían cogido, no lo dijo porque desconfiase de pescar ahora cosa alguna, ó porque tuviese repugnancia á obedecer, sino para que resaltase más la confianza que tenía en la palabra y mandato de Cristo para el fin que se proponía, como si dijera: Aunque en toda la noche, que es el tiempo más á propósito para pescar, nada hemos cogido, no vacilo en tender la red ahora que es de día, porque tú me lo mandas, puesto que sé que en tu mano está el darme abundante pesca contra todas las esperanzas y probabilidades humanas. Mira también aquí lo que hicieron los Apóstoles al ver la pesca que por virtud de Cristo habían

obtenido. Pedro, espantado de tan estupendo prodigio, y maravillado de que un hombre tan poderoso y admirable como Jesús estuviese en su pobre nave, arrojóse á sus pies, y con los sentimientos de la más profunda humildad le dijo: «Apartaos de mí, que soy un miserable pecador»; los demás discípulos, y el mismo Pedro, abandonaron las redes, y siguieron desde entonces á Jesús, sin separarse ya de Él. Aprende de todo esto á conservar con esmero la compañía de Jesús, á obedecer en todo, aunque sea negando tu propio juicio, á humillarte cuando recibas alguna gracia, y á seguir á Jesús con fortaleza, dejando las redes de las cosas mundanas. ¿Te remuerde la conciencia acerca de esta doctrina? ¡Oh divino Redentor! Decídmelo con eficacia, como á Pedro: *Duc in altum*, camina hacia lo más alto de la perfección; porque si de este modo lo mandáis, yo lo cumpliré, resultando de aquí gran gloria para Vos, notable provecho para mis prójimos, y para mi alma ventajas inmensas en este y en el otro mundo.

Epílogo y coloquios. ¡Qué hambre tan viva tenían las turbas de la palabra de Dios! No dejan á Jesús un momento de reposo. Siguenle por los desiertos y montes, por los pueblos y aldeas, y no le dejan ni en la orilla del mar. Bienaventurados los que tal hambre tienen, porque serán saciados. El Señor, que siempre ha acostumbrado llenar de bienes á los hambrientos, sube á una nave, que era la de Pedro; porque sólo en la nave de Pedro, esto es, la Iglesia, está la cátedra de la verdad; desde ella Jesús predica á las gentes deseosas de escucharle. Satisfecha ya su hambre, trata Jesús de recompensar á Pedro el servicio que le ha hecho, admitiéndole en su nave. ¡Qué recompensa! Mándale que se interne en el mar y que tienda la red, y al instante coge tal muchedumbre de peces, que ni la red es bastante fuerte para sostenerlos, ni dos naves son bastante capaces para contenerlos. Así paga Jesús á Pedro y á los demás pescadores la obediencia que han tenido, el obsequio que le han hecho, y la paciencia con que le han escuchado, privándose para esto de pescar. No es extraño que Pedro, al ver el milagro de la pesca, enajenado, se arroje á los pies del Señor, reconociéndose en su presencia por un pecador miserable, y que él y los demás pescadores, dejadas las naves y las redes, se decidan á seguirle perpetuamente. Lo extraño es que nosotros, considerando estos hechos, no nos decidamos á obedecer y no aprendamos el fervor de las turbas y la benignidad de Jesús. Propongámonos, á lo menos, la enmienda, y pidamos por nosotros y por todos los que se han encomendado á nuestras oraciones.

DOMINICA V DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, en el Evangelio de hoy, exhorta á conservar la caridad, evitando las faltas que la puedan herir, y á reparar su pérdida cuando en ella se hubiese faltado.—(Matth., v, 20-24.)

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús predicando á las turbas, y á ti entre ellas.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber conservar siempre la caridad con tus prójimos.

Punto 1.º Si vuestra justicia no supera á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. En estas palabras te enseña Jesucristo que para entrar en la gloria no basta la justicia farisaica. Tal es aquella que sólo se ocupa en exterioridades, sin cuidar de la reforma interior; aquella que prescinde de la ley de Dios, y sólo se regula por las tradiciones de los hombres, esto es, por los juicios y dictámenes de los mundanos; aquella que consiste en solas palabras, dejando de practicar buenas obras; aquella, en fin, que no reconoce en las obras que produce otro móvil que la vanagloria ó algún provecho temporal. Si te contentas con esta justicia y santidad, el mundo quizá te honrará, te aplaudirá, llamará justo y santo; mas Jesús te cerrará la puerta de su reino, y te arrojará en el infierno. Pondera luego el rigor con que exige Jesús la caridad en sus discípulos. No se contenta con que se cumpla este precepto según la letra muerta de la ley, que dice: «No matarás»; quiere que, no sólo se evite el dar la muerte al prójimo, sino todo aquello que hiera la caridad; y así dice: «El que se aira contra su hermano es reo de juicio; el que á la ira añade alguna palabra de afrenta, es reo de concilio; el que le infiere una grave injuria, llamándole fatuo ó impío, es reo del fuego del infierno». En el mismo instante en que se encienda la ira en tu corazón, en el tribunal de la Santísima Trinidad se empezará á tratar de la venganza contra ti. Mira, pues, si tienes la virtud de la caridad, ó si faltas alguna vez á ella. ¿Cómo está tu corazón en orden á tus prójimos? ¿Te contentas con la justicia farisaica? ¡Oh dulcísimo Jesús! Razón tenéis para prescribirnos la caridad, Vos que por conservar y ejercitar esta virtud consentisteis en privaros de todo alivio, y encargarnos de todo lo que podía causaros tormento y pena; concedednos que por amor á nuestros hermanos estemos dispuestos á soportar todas las privaciones y á tolerar todas las penas á las que Vos queréis sujetarnos.

Punto 2.º Considera cómo Jesucristo, no sólo quiere que no faltes de ningún modo á la caridad, sino que es también su voluntad que, si alguna vez se rompe este divino lazo entre tú y tu hermano, procures cuanto antes restaurarlo; por lo cual te dice: «Si ofreces tu don ante el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu don y ve á reconciliarte con tu hermano, y después ven y ofrécelo». ¡Oh! ¡Cuánto importa con

servar la concordia y la paz con los hermanos! Para alcanzar este fin, ningún precio es grande, ningún sacrificio tiene importancia. Con la concordia crecen las cosas más insignificantes, con la discordia las mayores vienen á destruirse. Pondera cómo esta tan necesaria concordia y caridad exige que te reconcilies con aquel prójimo que tiene algo contra ti. No importa que te asista la razón y que él obre con injusticia. Jesucristo ha hablado en absoluto y no ha exceptuado este caso. Ya sea justa, ya injusta, la queja de tu hermano, quiere el Señor que te reconcilies con él. Para lo cual debes, por una parte, condonar la injuria y ofensa que te han inferido, y esto de corazón, perpetuamente y en todo caso; porque, como dice el Salvador: «si no perdonareis á los hombres, tampoco el Padre celestial perdonará vuestros pecados». Por otra parte, has de trabajar para que tu hermano se reconcilie contigo. La caridad es paciente, benigna, todo lo sufre, todo lo soporta y tolera. Ella sugiere lo que conviene hacer para restablecer la amistad perdida: una palabra dulce, la confesión de la propia culpa ó debilidad, un pequeño obsequio, un atento saludo, basta no pocas veces para ganar á un hermano. ¿Y no practicaremos medios tan sencillos y fáciles? ¿No trataremos de conservar la caridad con todos ó de renovarla, si se hubiese debilitado ó destruido? ¡Oh Dios de amor! Hijos vuestros queremos ser; por nuestra parte, el sol de nuestra caridad saldrá para todos, buenos y malos, y la lluvia de nuestros insignificantes favores se derramará indistintamente sobre los justos y pecadores: concedednos, Señor, este espíritu para que logremos imitaros aquí, y os gocemos en el cielo eternamente.

Epílogo y coloquios. ¡Ay de los cristianos que, á semejanza de los fariseos, se contentan con sola la justicia exterior, sin cuidarse de reformar su corazón, ó que se guían más por los juicios humanos que por las leyes divinas, ó que, hablando mucho de virtud, moralidad y honradez, interiormente la aborrecen y no la practican! Estos infelices no entrarán en el reino de los cielos. El Señor no se contenta de solas palabras y hojas, quiere obras y frutos; especialmente los frutos de la caridad fraterna. Él no puede tolerar la menor quiebra en orden á esta importantísima virtud. No sólo no consiente las acciones contra ella, sino tampoco las palabras, y ni aun los pensamientos y deseos. Y con esto no queda todavía satisfecho. Quiere que su discípulo sea muy pronto para perdonar al prójimo que le hubiere ofendido, y que haga todo lo posible para reconciliarse cuanto antes con él. ¡Oh qué doctrina tan santa y tan social es la doctrina de Cristo! Si los hombres la conociesen y se guiasen por ella, el mundo sería un paraíso anticipado. ¿Lo hacemos siquiera nosotros? ¿Cómo nos portamos en las relaciones con nuestros prójimos? ¿Conservamos contra ellos alguna acritud, resentimiento ó envidia? Dirijamos nuestro corazón por las enseñanzas del Señor; y para esto formemos los

propósitos y súplicas convenientes; no olvidemos el pedir por todas las demás necesidades.

DOMINICA VI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Turbas innumerables seguían á Jesús, olvidadas de su propio sustento, y el Señor, compadecido de ellas, las alimentó milagrosamente.—(Marc., viii, 1-9.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús rodeado de gente, tratando con sus Apóstoles acerca del modo de sustentarla.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar el fervor de las turbas y la misericordia de Jesús.

Punto 1.º Considera en este punto el piadoso fervor de las gentes que siguen á Jesucristo; para lo cual abandonan las ciudades y los pueblos, suspenden sus trabajos, corren á la soledad, en donde esperan ver á Jesús, oír su doctrina y participar de los bienes que dispensa á los que á Él se acercan. ¡Dichosos los que con este fervor siguen á Jesucristo! No es menor la perseverancia, paciencia y confianza en el divino Maestro que en esta ocasión ostentan estas gentes. Porque, con hallarse faltas de alimento y encontrarse en medio de una soledad desierta, expuestas á todas las inclemencias, perseveran con Cristo, uno, dos y tres días, padeciendo el hambre y la sed sin queja, ni murmuración, ni inquietud; olvidanse de sí mismas y de las necesidades corporales, para no pensar sino en Jesús y en el sustento de su espíritu. Con esto te enseñan prácticamente lo que debes tú hacer. Anteponer los bienes del espíritu á las comodidades de tu cuerpo; preferir mil veces permanecer con Jesús pobre, hambriento y abandonado, que, separado de Jesús, vivir en la abundancia, regalo y entre honores; confiar con toda seguridad en la bondad y providencia del Señor, acordándote de que dijo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas se os darán por añadidura»: finalmente, perseverar tres días y tres noches, esto es, constantemente, ya estés en luz, ya en tinieblas, ya consolado, ya afligido; y esto de balde, sin esperar premio temporal, aunque no tengas que comer. ¿Obras tú de esta manera? ¡Oh Dios mío! Atraedme como á estas gentes con las cuerdas de Adán y con las cadenas de la caridad, y unidme tan estrechamente con Vos, que ni la tribulación, ni la angustia, ni la sed, ni el hambre, ni lo presente, ni lo venidero pueda separarme de Vos.

Punto 2.º Aquí has de considerar con atención el modo caritativo y milagroso con que Jesús atendió á estas turbas y remedió su necesidad. Primeramente, convocó á sus discípulos para tratar de su remedio, lo cual hizo, ya para darles alguna participación en la caritativa obra que proyectaba, ya para descubrirles los afectos tiernos de su corazón compasivo, ya también

para que conociéramos que es muy conforme á su espíritu el deliberar y discurrir acerca de los medios para ejercitar la caridad con los prójimos. Luego les dijo: «Tengo compasión de estas turbas, porque hace tres días que perseveran conmigo, y si los despido en ayunas, desfallecerán en el camino, pues hay muchos que han venido de muy lejos.» ¡Qué caridad, qué providencia, y qué interés por nuestro bien demuestra Jesús en estas palabras! Olvídase de sí mismo, y sólo piensa en la necesidad de las turbas; compadécese de una necesidad corporal, y se resuelve á remediarla; ¿qué hará y qué sentirá tratándose de las espirituales? Él conoce en particular todo lo que sufren los suyos, los días que hace que le vienen siguiendo, lo que sucederá si los despide en ayunas, y el modo cómo ha de subvenir á su necesidad. ¡Qué manantial de confianza, paciencia y conformidad con la voluntad divina hallamos en este suceso! No dudes que se quede sin recompensa ni un solo acto de virtud; el Señor es fiel en pagar los sacrificios que por Él se hacen, y si no bastan los medios ordinarios y naturales para socorrerte, hallará medios extraordinarios y sobrenaturales, como en esta ocasión multiplicó prodigiosamente el pan y los peces, para sustentar á las turbas. ¡Oh Padre de misericordias! Gracias os doy por la que tenéis de aquellos que os siguen, haciendo portentosos milagros para alimentarlos y alegrarlos; despertad en mí una entera confianza en vuestra bondad y poder, á fin de que nunca desista de vuestro servicio, por graves que sean las tribulaciones que me enviéis.

Epilogo y coloquios. ¡Qué fuerza y eficacia tan prodigiosa tiene el santo fervor inspirado por nuestro Padre celestial! En las turbas que siguen á Jesucristo se descubren aquellas propiedades. Olvidadas de sí mismas y de sus necesidades, nada les contiene su impetuoso y vivo deseo de estar con Jesús; ni la sed, ni el hambre, ni el cansancio, ni las distancias, ni las soledades. La compañía de Jesús, su doctrina y milagros, esto desean y esto les basta. ¡Afortunadas gentes, que con tanto anhelo buscan el reino de Dios!; sin duda recibirán por añadidura todas las demás cosas. Ve Jesús la necesidad apremiante en que se hallan; reúne á sus amados Apóstoles, y les propone el intento que abriga de socorrerlas; pídeles los panes y peces de que disponen; y previa la bendición divina, mandó distribuir entre ellas, multiplicándose el pan hasta que todas se saciaron. ¡Oh amor generoso y generosidad amorosa de Jesús! ¿Cómo no confiamos en Vos? ¿Dónde hallaremos tan sólidos motivos para fundar nuestra confianza? Lo que importa es tener el fervor santo, la paciencia y la perseverancia de las turbas; insistir en el seguimiento de Jesús, hollando todos los obstáculos que pueden impedirnoslo. Mas para esto hemos de hacer propósitos eficaces, súplicas fervientes, rogando en ellas por nosotros y por todos.

DOMINICA VII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo exhortó á sus discípulos á que se cautelasen para no dejarse engañar de los falsos profetas; les dió los medios para conocerlos, y dijo que no bastan las palabras para entrar en el cielo, sino que son necesarias las obras.—(Matth., vii, 15-21.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús instruyendo á sus discípulos, oyéndolo nosotros.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de aprender y obrar según las enseñanzas de Jesucristo.

Punto 1.º Considera en este punto el maravilloso consejo que Jesús dió á sus discípulos, diciendo: «Cautelaos de los falsos profetas que vienen á vosotros vestidos con piel de oveja, é interiormente son lobos rapaces». Estos falsos doctores, contra los cuales nos quiere prevenidos nuestro divino Maestro, son los herejes y falsos filósofos, que, con pretexto de erudición y elocuencia, siembran sus perniciosas doctrinas: los mundanos que propalan y extienden, ya abierta, ya solapadamente, las máximas del mundo opuestas al Evangelio; los falsos hermanos que, por una afectada compasión y un mentiroso interés por nuestra suerte, pretenden alejarnos de cumplir la voluntad de Dios. De todos estos quiere Jesús que nos apartemos, porque es gravísimo el daño que causan; pues que no es al cuerpo, sino al alma, á quien perjudican; y es muy fácil que caiga en sus lazos el hombre que no está apercebido contra ellos. El modo de cautelarnos es alejando de nosotros sus malos escritos, huyendo de sus conversaciones, leyendo buenos libros y escuchando la voz de los pastores encargados de regirnos. ¡Oh! Si esta hubiera sido tu regla de conducta, ¿de cuántos males te hubieras librado! ¿Qué debes practicar para lo sucesivo? Reflexiona el poco caso que has de hacer de las apariencias exteriores, sabiendo lo que dice Jesús, que los lobos se presentan vestidos con piel de oveja. El demonio y sus satélites aparentan caridad y compasión de aquellos á quienes tientan; las mismas pasiones y el mundo comienzan á solicitarnos y hacernos guerra con pretextos de piedad, mansedumbre y deseo de nuestro bien. ¡Ay de nosotros, si no vigilamos! ¡Oh amantísimo Maestro! Mirad que nuestro enemigo está escondido y nos para asechanzas; venid á socorrernos, iluminándonos, auxiliándonos y dándonos vuestra gracia para no ser nunca engañados ni vencidos.

Punto 2.º Aquí has de ponderar la señal infalible que da Jesús para conocer á los falsos doctores y distinguirlos de los verdaderos: «Por los frutos, dice, los conoceréis, porque el árbol bueno da buen fruto, y el malo lo da malo». Los frutos buenos con que se distinguen los verdaderos discípulos de Cristo, son: la verdadera penitencia, haciendo frutos dignos de ella; la caridad y amor del prójimo, sincero, vivo y eficaz, que no consiste en solas palabras; la sólida piedad, oración y frecuencia de Sacramentos; el celo por la conversión de las almas y por la pro-

pagación de la virtud; finalmente, la perfecta obediencia á la Iglesia y á sus ministros. ¿Producimos nosotros estos buenos frutos? Mira luego los malos frutos que proceden de un corazón maleado y de una voluntad rebelde. Estos son: desprecio de la Iglesia, de sus preceptos y ministros; lectura de libros inmorales y heréticos; frecuentación de reuniones y tertulias peligrosas, y cualquiera clase de pecados. Tales frutos sólo pueden ser producto de un hombre maleado, porque el árbol bueno, mientras se conserva tal, no puede dar frutos malos. Considera la suerte de este desgraciado árbol, del cual dice Jesús que será cortado, porque si está en la Iglesia, quizá salga de ella, cayendo en la herejía; si en la religión, se apartará, apostatando de ella; por fin será cortado de esta vida mortal, cayendo en la muerte eterna, en donde vivirá muriendo entre llamas para siempre jamás. Reflexionando todo esto, has de examinar qué frutos produces, si son buenos ó malos, ó si no produces ningún fruto, contentándote con hojas de palabrería. En este caso, no será mejor tu suerte, porque escrito está: «No entrará en el reino de los cielos el que se contenta con decir Señor, Señor, sino el que cumple la voluntad del Padre». ¡Oh Padre mío! No permitáis que me contente con imitar á los reprobados fariseos, que dicen y no hacen; haced que imite al divino Maestro, que antes de enseñar comenzó á obrar lo que había de predicar á los demás.

Epílogo y coloquios. ¡Ay del hombre que en este mundo no se pertrecha con la virtud de la prudencia! Fácilmente vendrá á perder la fe y á condenarse eternamente. Andamos por un camino sembrado de lazos; innumerables enemigos nos circundan dondequiera que estemos, y muchos de ellos vestidos con traje de amigos. Son lobos carnívoros, que se visten con piel de oveja: aparentan caridad, y nos profesan cruel odio; manifiestan interés por nuestra felicidad, y en su interior pretenden hacernos eternamente desgraciados. ¡Ay de aquel que, fiándose de simples exterioridades, olvida la señal infalible que nos ha dado el Salvador para conocer y distinguir á las verdaderas ovejas de los lobos ocultos! Las obras son el indicio cierto é indubitable con que se conoce al bueno ó mal doctor; del propio modo que el fruto bueno ó malo revela la buena ó mala calidad del árbol que lo produce. Si tus obras son buenas, aunque el mundo te desprecie, como buen árbol serás trasplantado al jardín del Padre de familias; pero si son malas, por más que el mundo te aplauda, serás cortado y arrojado en el infierno. ¿Qué frutos produces? ¿Qué frutos debes producir? Medítalo, propón y pide con fervor.

DOMINICA VIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Fué acusado un mayordomo ante su señor de que disipaba sus bienes, por cuyo motivo se le exigieron las cuentas, y él, no sabiendo qué hacer, con los bienes de su amo se ganó amigos para que le asistiesen.—(Luc., xvi, 1-9.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á este mayordomo pensativo, y luego llamando á los deudores de su señor para rebajarles la deuda.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de administrar rectamente las gracias que tenemos.

Punto 1.º Un mayordomo fué acusado ante su señor de que disipaba los bienes que administraba. Llamóle éste, y dijole: «¿Qué oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, por que ya no podrás desempeñarla». Este mayordomo infiel es el hombre, que, habiendo recibido de su Dios abundantes bienes naturales y sobrenaturales, en lugar de darle la gloria que le es debida, se alza con ellos y los malgasta, usándolos de un modo opuesto á la voluntad de Aquél que se los ha confiado. Este derroche de los bienes de Dios es tanto más grave y criminal, cuanto más excelentes son ellos. Discurre por aquí lo que merecerán aquellos á quienes habiéndose comunicado alguna participación en el divino ministerio, abusan de este favor, buscando en él su propio honor ó ganancias temporales; si son tan reprobables los que abusan de los bienes materiales, ¿cuánto más lo serán los que disipan los bienes espirituales y divinos? Pondera qué golpe tan espantoso será para el pecador, cuando en la hora de la muerte oiga la formidable voz de Dios, que le dice: «¿Qué es lo que oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración». En un instante desarrollará el Señor delante de su alma asustada todo el proceso de su vida. Á un lado aparecerán todos los beneficios recibidos y las buenas obras ejecutadas; en el otro se verán todas las ingratitudes y pecados. ¡Qué horror, qué turbación, qué temblor! ¡Oh alma mía! Resuene con frecuencia en tus oídos esta palabra del Señor: «Dame cuenta de tu mayordomía»; y antes que venga la noche en que nadie podrá obrar, ajusta bien y ordena tus cuentas, para que en tu muerte puedas con tranquilidad presentarte ante Dios. ¿Qué te conviene hacer para esto?

Punto 2.º Considera en este punto la determinación que tomó el mayordomo infiel, cuando supo que su señor iba á removerle de su oficio. Primeramente reflexionó consigo mismo, diciéndose: «¿Qué haré, sabiendo que dentro de poco voy á verme privado del único medio de vivir que tengo, que es mi empleo?» Tal debiera ser la reflexión de todo hombre al considerar que un día ha de acabar su vida y terminar la administración de los bienes que posee. La muerte es el mejor consejero; ella nos enseña el modo de administrar rectamente los dones recibidos. ¡Oh, si en todas las obras nos acordásemos de ella, y nos dijéramos: ¿Qué haré para poder dar buena cuenta de mi mayordomía? Lo se-